



Atardecer en la playa de Ribadesella.

plan bellísimos panoramas. Bajamos por el antiguo camino bajo la grata sombra de los eucaliptos que se yerguen a derecha e izquierda, saliendo nuevamente al pie de la playa para tomar el camino de San Pedro. Más eucaliptos, grandes zarzales, que a trechos miden bastantes metros. Andando sólo unos dos kilómetros, llegamos al pueblecito de San Pedro. Entrando en él por su izquierda, vemos una capilla junto a un regato. Desde allí, por un atajo, salimos a San Esteban de Leces, rica parroquia.

Por la carretera de Ribadesella a Canero, seguimos hasta el pueblo de Torre. El camino está en desnivel hasta el puente Trubiecu, donde nace la pronunciada cuesta, desde donde se puede contemplar el panorama de Entrepeñas, verdadera maravilla

de la Naturaleza. Desde lo alto de la carretera, se ve también el pueblo de Vega, con su playa al fondo, y sirve de primer plano a este paisaje el conjunto de Entrepeñas, en el que descuella el pico Llongu, de rara forma y difícilísimo acceso. Lo más poético de este lugar es el desfiladero por las gargantas de Entrepeñas. Se ve primeramente la humilde ermita de Santa Rita de Casia, donde se venera esta imagen y a la que, especialmente antaño, llegaban desde lejanas tierras numerosos devotos a pedirle les aliviara de los males que les afligía, o a darle las gracias por los favores logrados.

Muy cercano está el pueblecito de Barrén, cuyo camino da a Vega; pero mucho más interesante para el turista es tomar el sendero de la izquierda junto al río, cu-

yas márgenes son un poema de hermosura indescriptible. ¡Qué lugares más deliciosos para acampar, comer y holgar bajo las gratas sombras que circundan el terreno ribereño!

Al regreso es digno de visitar también el puente natural de Torre, admirable obra de la Naturaleza. Más allá, la silueta de un molino, complemento del paisaje delicioso que nos rodea.

Conviene también llegarse a Berbes, próspero pueblecito cercano a Entrepeñas, por el monte que se yergue a sus pies, en cuya falda se encuentra el acueducto de Fontines y en cuyas proximidades va encontrando el viajero pintorescos molinos y típicas caserías de tipo netamente asturiano. Desde estas alturas se aprecia la gran cresta del pico Pienzo, de Sueve, entre los concejos de Parres, Caravia y Colunga.

Después, para romper la monotonía del trayecto por carretera, vamos por montes y colinas a salir a la Maella, la Moria y la Perediella. Cruzamos la carretera del Carmen, el pueblo de la Granda y llegamos por la loma al alto de la Pedriña, donde iniciamos el descenso hasta salir a las inmediaciones de Tezangos. Seguimos carretera adelante y a los pocos minutos nos hallamos frente a Boquera, en cuyas cercanías nace una cueva, donde hay poco que temer y mucho que admirar, y más hoy, que está en manos del Patronato de Turismo, el cual la ha dotado de las mayores comodidades al visitante, afirmando su piso, instalando alumbrado eléctrico permanente, etcétera.

Si bella es su entrada e interiores por esta parte, doblemente bella es su salida frente al pueblo de Cuevas, donde puede tomarse el último tren de regreso a Ribadesella (cuatro kilómetros de recorrido), cruzando el Sella por el puente de San Román, frente a Santianes, con los altos picachos de sus sierras. Sigue el tren adelante dejando pronto atrás el último pueblo del trayecto —Llövio— y todo el recorrido imborrable de esta excursión, cuyos encantos quedan grabados para siempre en la mente del viajero.

J. DELGADO

## LA PIPA DE LA PAZ

La Pipa de la Paz de los indios de Norteamérica y más especialmente de las tribus del Mississippi, es una de las tres clases en que se dividían esas pipas que yo no puedo menos de llamar «pipas notariales», con permiso del honrado gremio de los señores notarios. Y he de llamarlas así ya que su función era idéntica, en parte, a la que en nuestra civilización realizan los señores mencionados.

Las «pipas notariales» se dividían en tres clases:

- Pipa de la Paz.
- Pipa de la Guerra.
- Pipa del Consejo.

Todas y cada una de esas tres clases de pipas servían para legalizar y dar fuerza a los contratos públicos y privados, a las órdenes del Consejo y a los tratados de paz y de guerra.

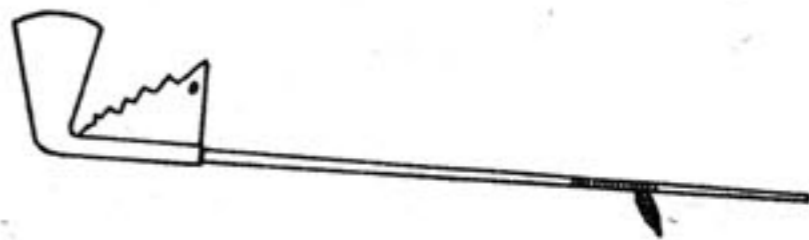
Empecemos por la primera clase. No eran las pipas de la paz, como se oye decir erróneamente y muy a menudo, una

redactar el convenio de paz y darle valor efectivo que de otro modo no hubiera tenido.

Según las descripciones que han llegado a nosotros, debidas al explorador La Salle, al fraile Hennepin, a Catlin y a otros, la pipa de la paz funcionaba del siguiente modo:

En un vasto círculo, se reunían los Grandes Jefes, los jefes y los primates de las dos tribus que se disponían a hacer las paces. Los dos Grandes Jefes se colocaban en dos puntos diametralmente opuestos del círculo, y orientados siempre en dirección de norte a sur. Se discutía largamente, igual que nuestros diplomáticos actuales discuten los tratados. Llegados ya a un acuerdo, era cuando las pipas de la paz entraban en funciones. Había un funcionario custodio de esas pipas (que siempre eran dos) y ése las cargaba concienzudamente entre un silencio absoluto, roto tan sólo por un canto ritual que entonaba dicho funcionario. Otro funcionario las encendía y entregaba entonces una pipa a cada uno de esos jefes. Y entonces empezaba una larga tarea. Cada párrafo del tratado de paz era pronunciado al tiempo que se expelía el humo chupado de la pipa. Primero lo hacían los dos jefes, después entregaban la pipa al magnate de su derecha, y así circulaba la pipa alrededor del círculo, hasta que llegaba al otro jefe; de forma que cada pipa describía un semicírculo. Cada uno de los reunidos decía el mismo párrafo, pronunciando una frase del tratado en cada bocanada de humo. Pero no era eso todo. Por encima de

último; ese ser superior era el Gran Espíritu, el Gran Manitú, invisible, es cierto, pero adivinado allí por la fe de los indios. Y ese alto personaje iba recogien-



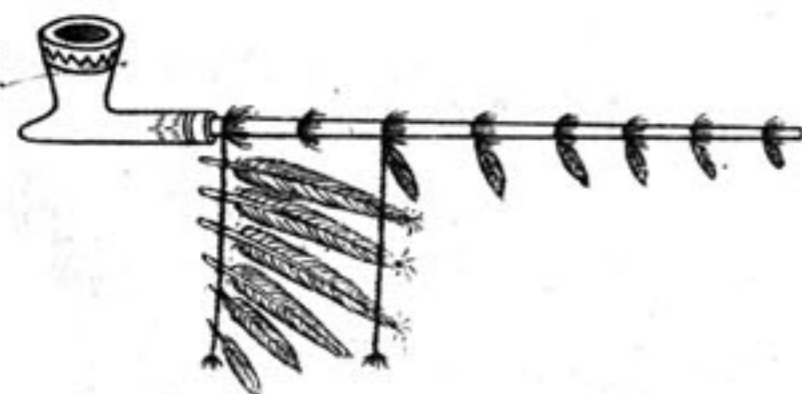
Pipa de la guerra de los Omahas.

do cada una de esas bocanadas de humo que encerraban una frase, para tomar cuenta de ello y castigar en la otra vida a aquel que no fuera fiel a su palabra.

Los convenios de guerra eran elaborados de modo parecido, pero entonces se fumaban las pipas de guerra. En los demás casos hacían su aparición las pipas de Consejo. Pero su funcionamiento era idéntico a los anteriores casos.

De ahí podemos sacar una pequeña consecuencia que puede interesar a los fumadores de pipa modernos, y ella es que, mientras creemos fumar inocentemente y en paz nuestra pipa, a lo mejor, ¡vaya usted a saber!, le estamos ofreciendo impensadamente un sacrificio nada menos que al Gran Manitú, el cual guardará nuestros pensamientos envueltos en el humo de nuestras pipas.

Y aun cabe hacerse la pregunta, si, al final de cuentas, no va a resultar que los ampulosos cúmulos, los sutiles cirrus, o los oscuros nimbos, no son más que los protocolos ingrátidos del Gran Manitú. Con



Pipa de la paz.

pipa que se fumaba como ceremonia formal entre los enemigos al cerrar un